

hallo no sólo provechosa, sino transcendental y renovadora. Americanos y españoles nos desconocemos. Los sudamericanos nos miran recelosos al través de las brumas del mar y de las sombras de una historia labrada por estadistas ignaros y codiciosos, olvidando que en todo tiempo alentaron aquí hijos preclaros que abominaron de sus clases directoras y soñaron en forjar una España generosa y sabia, digna de Europa, y colaboradora en la Universal cultura. Estimamos, en fin, fecundísima, una conjugación ideal entre esas pujantes repúblicas americanas, limpias de la roña de la tradición, aportadoras a la política de concepciones y tendencias conformes con el ideal moderno, y el noble y viejo tronco nacional empobrecido por las cargas y parasitismos de tres siglos de estéril lucha, casi siempre contra sus más caros ideales y positivos intereses.

Supongo que no todos los americanos o españoles de América nos visitarán exclusivamente como turistas. En la esfera del arte somos todavía ricos; mas en la de la ciencia, no somos enteramente pobres.

Creo sinceramente que si los profesores, médicos, naturalistas, físicos, filólogos, historiadores, etcétera, americanos, se decidieran, con ocasión de sus frecuentes visitas a París y Berlín, a hacer escala en Madrid y frecuentar nuestros laboratorios y centros de trabajo intelectual, no perderían el viaje. Verían que en el viejo solar no todo es caduco: hay ramas que brotan con vigor y anuncian bella florescencia. A gran honra tendría la **Universidad**, y singularmente la **Junta de pensiones**, poner a disposición de los turistas sus profesores más insignes, sus Laboratorios y centros culturales y todos sus recursos docentes y materiales. Después de convivir espiritualmente con nosotros, los intelectuales americanos se llevarían, con el recuerdo de nuestro afecto, la satisfacción de haber conocido una faceta, pequeña sin duda, pero acaso la más noble y simpática, de la intelectualidad y del patriotismo español.

Cuenta con mi adhesión entusiasta y calurosa y téngame por amigo y seguro servidor q. b. s. m.,

Santiago Ramón y Cajal.

La farsa

Entre todos los formulismos democráticos, no hay otro que adquiera, ante un examen prolijo, mayores contornos de farsa que una elección. Es, efectivamente en esta clase de actos en donde se descubre una mayor cantidad de fariseísmo y de pillería mal oculta por las rigideces de la liturgia usual.

Carnavales en pequeño, durante ellos todo el mundo lleva su máscara correspondiente: el político truhán se disfraza de futuro benefactor del pueblo; el pescador de río revuelto, y el husmeador profesional se ponen uno tras de otro, docenas de disfraces correspondientes a otros tantos cambios de la brújula de sus apetitos.

El gobierno de ordinario grave con su espectáculo de fuerza, adopta el consabido aire suave de protector de la libertad y de la pureza de los comicios que ungirán con el mandato a los representantes de los distintos grupos sociales, y, por fin, el pueblo, esa masa enorme e ingenua, que no sabe nunca a donde irá y que vive fluctuante entre mil solicitaciones opuestas, el pueblo también ensaya, en tiempo de elecciones, el viejo traje de soberano con que los mandatarios le han regalado hace años, y sale a piruetear por las calles efímeros alardeos de fuerza y de conciencia.

¡Farsa máxima!... Dolorosa farsa que ayuda a perpetuar bajo el